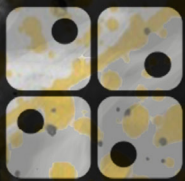




entreUnos

LO COLECTIVO

Los talleres como dispositivos en sí mismos y a la vez articulados en una lógica permiten que se trate de tubos, palabras mágicas, lenguas extranjeras o teatro leído. No importa el escenario; la orientación que se extrae da cuenta de los efectos clínicos, siempre singulares, en contextos colectivos



Mágica verdad

Gustavo Slatopolsky

¿Qué podría ser un taller de magia sino el espacio propicio en el que las cosas desaparecen y vuelven a aparecer; un escenario con Mago, varita y bolsita en el que se deposita el objeto que a fuerza de palabra mágica, vuela, se invisibiliza, desaparece? ¿Adónde se habrá ido, con quién estará, qué estará haciendo...?

En el taller, creado a partir de la nominación de *mago* en el curso del análisis de uno de los participantes, el Mago – el analizante en cuestión, poniéndole el cuerpo a la escena montada para tal fin – convoca a uno de los participantes a depositar un perrito de peluche dentro de una bolsa opaca para operar el misterio. Les cede luego su varita mágica y los invita a inventar su propia palabra mágica que tendrá efectos sobre el destino del perrito. A continuación la varita hace contacto con el borde de la bolsa, se dice la palabra inventada y... *Fiat lux!*

El taller de magia confronta de manera directa con la desaparición del objeto por designio propio o de los otros. Esto implica disponer la conservación o desaparición del objeto de manera pautada y ritualizada, siempre igual. Conecta la presencia o ausencia del objeto con el elemento simbólico de una manera que permite al niño tener a disposición la palabra mágica para que esto acontezca; esto equivale colocar al sujeto en el lugar del agente pero no en la perspectiva freudiana de *reeditar* (Freud. S, 1986, p. 14/17) activamente el acontecimiento traumático de la pérdida. A lo mejor se acerque más a una perspectiva de *producir* el encuentro con un orden pérdida primera en un espacio que pueda alojarlo aunque por fuera de los tiempos estructurantes del sujeto y con las consecuencias de no haberse producido.



Muy lejos de este escenario que pierde y recupera, la desaparición del perro de peluche dentro de la bolsa del mago a M no le mueve un pelo pero participa con entusiasmo. No parece contar con un estatuto posible para los objetos que desaparecen a su mirada; ni siquiera es claro que exista en él una idea de tiempo que permita *antes estaba, ahora se fue*.

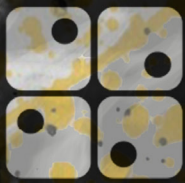
Cuando se le pregunta si el objeto que acaba de desaparecer a su mirada *está o no está* puede responder alternativamente *está o no está*, pero es evidente que la pregunta lo desconcierta en relación al significado de cualquiera de ambas; si se le repregunta produce una suerte de *está-no está* todo junto, que parece presentificar una masificación del signo que lo acerca a la holofrase. Pero es preciso distinguir: aquí parece más en juego la imposibilidad de cernir un significado acerca de lo que se habla, mientras que en la holofrase es del significante y la anulación de su intervalo de lo que se trata.

Está-no está hace entrar la dificultad de la constitución de *otro* espacio que pudiese contener la captura¹ del objeto (Perrin M., 2009, p. 90); que permitiese el pasaje de aquí a allá, condición para que algo pueda restarse a la mirada en calidad de perdido.

Se interviene: se lo invita a constatar la presencia o ausencia del objeto dentro de la bolsa cada vez como un intento de inscribir algún orden de la pérdida en juego. M pasa a constatar si efectivamente *está-no está* y más aún, cuando *afirma* con bastante poco énfasis que el objeto *está* cuando ha desaparecido a la mirada. Se busca incidir sobre una modalidad precaria de signo² que a modo de defensa lo deja a distancia de cualquier confrontación con una ausencia que carecería no solo de lugar en lo simbólico sino de hueco real donde venir a situarse.

¹ Captura en contraposición a caída.

² *Está-no está*, a su vez, le permite sostener un modo de participación mimética en el taller (M queda imantado en el hacer de los otros y lo reproduce y de esta manera participa)



II/

M mira dentro de la bolsa y dice *está*, cuando el truco lo ha hecho desaparecer de la misma. ¿Qué es lo que ve? ¿*Ve* efectivamente algo allí donde nada hay? La respuesta es *no*. No se trata de una alucinación en juego sino de la imposibilidad de hacer valer la ausencia a partir de la constitución de un trayecto pulsional escópico. Se insiste: ¿*dónde está*?

M introduce la mano y *palpa* el objeto ausente a la mirada, desaparecido a causa del engaño que propicia el truco. Efectivamente lo palpa - escondido tras la tela que tiene función de velo a la mirada-. *Acá está* señala, pero no de manera triunfante ya que para él nunca ha faltado nada. M no *constata* nada; no participa del vértigo que irradia el goce de la súbita desaparición del objeto. Las cosas siempre están aunque no se vean, pero no por deducción: lo real es pleno (Miller, J.A., 2014).

III/

Sin embargo, la convocatoria a constatar lo vivifica. Se lo nota divertido y de a poco algo parece conmoverlo por instantes en el pasaje por la experiencia de que eso *no está*. ¿Cómo ha llegado a dejarse tocar por la desaparición si hasta aquí en lo que ve no capta la presencia de vacío?

Una primera intervención es no permitirle palpar³; solo es posible *mirar*. Privado de tocar, M comienza a asentir que eso *no está*. Un gesto de asombro en un enarcar las cejas que irrumpe, comienza a marcar su cuerpo en el encuentro con la ausencia. El signo comienza a localizar diferencias: o está o no está. La disyunción es excluyente.

³ Habría una interesante discusión al respecto con las TCC. Nosotros también disponemos interdicciones pero en una dirección al sujeto que no busca normatizar vía privación. Se funda en la transferencia y en este caso, en tanto maniobra sobre el signo que hace las veces de objeto que obtura todo encuentro con la ausencia.



Un día afirma que eso *está* cuando acaba de desaparecer; se lo invita a constatar. Pasa, mira, dice verdaderamente asombrado “¡*es verdad*, no *está*!”. ¿Qué orden de verdad se ha puesto en juego?

IV/

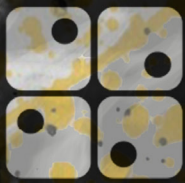
La súbita aparición de un corpus de lenguaje conservado *in toto*, en sujetos con autismo -ya mudos o con escasas palabras - es un dato reconocido. B. Sellin sale de su mudez de toda la vida de golpe para pedirle a su padre “devuélveme la bola” - que este le había retirado - para retornar inmediatamente a su mudez.

Las más de las veces M no registra ninguna diferencia. Pero hay momentos en que en M el encuentro con la ausencia la hace abrir la boca, enarcar las cejas o un sutil estremecimiento en el cuerpo; se trata de instantes, una y otra vez, que no ordenan una serie. ¿Es posible ubicar un “progreso” en la frase *es verdad, no está*?

La boca abierta o el estremecimiento sanciona la sorpresa, encuentro inesperado que afecta al sujeto, mientras que la frase *es verdad* opera al modo de un juicio relativo a un juicio anterior y no a la presencia o no real del objeto. Más sencillamente: el cuerpo que se estremece queda tocado por lo real de una ausencia que hace uso del cuerpo como superficie de inscripción mientras que *es verdad* constata una perdida ya inscripta, pre-supuesta al encuentro (“*Caramba!, entonces eso que me dijeron era cierto*”). La *verdad* aquí pone en relación un signo con otro signo; es realidad ordenada por universo de signos.

Sin embargo lejos de instalarse como punto de llegada, *es verdad* tiene lugar como acontecimiento y luego, otra vez vuelta a *esta-no está*.

Maleval concluye de la escena de Sellin en que articula su conocida frase, que el sujeto autista, cuando la separación brusca del objeto que opera como localización del goce del Otro es vivida como mutilación intolerable, se dirige al otro y habla. En ese instante se opera una cesión puntual del goce vocal que hace posible la dirección al Otro. La defensa ha sido



perforada de la mala manera y el sujeto opera una inmediata recuperación del objeto en dirección a restaurar lo inmutable (Maleval, J.C., 2009)

A diferencia de ese modo altamente intrusivo, el taller de magia se ofrece en una vía regulada de tensión calculada. El objeto no se arranca pero tampoco se consiente a un signo (*está/no está*) que no permite localizar la ausencia. Al momento de caer el peluche dentro de la bolsa es preciso encontrar la maniobra que inscriba el acto en cuestión. Se pasa a interrogar a cada uno acerca de qué pasó y donde podría estar.

Están quienes podrán dar un curso ficcional a la puntual desaparición - el mago puede llegar a dejar entrever que se trata de un espacio intermedio en el tiempo, entretejiendo la irrupción del vacío a un núcleo delirante -; y está M, sin ficción, sin delirio, en un espacio de palabra endeble que no orienta el espacio.

slatopo@gmail.com

Referencias bibliográficas

Freud S., [1820] Más allá del principio del Placer, Amorrortu Ed., Tomo XVIII, Argentina, 1986.

Maleval, J.C., L'autiste et sa voix, 2009, France, Seuil, "Champ Freudian".

Miller, J.A., La matriz del tratamiento del niño lobo, en Estudios sobre el autismo, 2014, Colección Diva, Buenos Aires.

Perrin, M., Construction d'une dynamique autistique de l'autogire á la machine a laver, en L'autiste, son double et ses objets, 2009, PUR, Rennes.



Un triángulo de cuatro lados se llama rectángulo

Gustavo Slatopolsky

V/M

En el trabajo *Tal para cual* (entreUnos, 2015, p.33/37) se buscaba dar cuenta de una modalidad recíproca de anudamiento que permitía en dos niños autistas una salida del encierro. El trabajo especificaba el lugar de doble encarnado que V ocupaba para M.

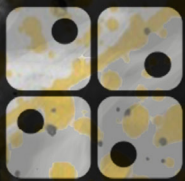
En un recorrido siempre idéntico, M solicitaba a V que le prestase una palabra – V encarnaba el lugar de reservorio de palabras posibles con las que M podía ahora responder en el *taller de la palabra-* y V se dirigía inmediatamente hacia M donando su palabra. M hablaba entonces la palabra como un eco y una sombra de la palabra de V y esto hacía posible su posición en el lazo.

Esto se había instalado y se reiteraba sin novedad a tal punto, que jamás imaginamos que podría llegar el día en que V respondiese *no* a la solicitud de prestarle una palabra.

II/ *no* y sus consecuencias

Su negativa a nombrar el mundo para M se acompaña de una imposibilidad de decir su propia palabra. Se lo nota particularmente perturbado en el taller, y ese mismo día, cuando sea convocado a decir sus palabras para escribirlas en su casillero, estas reflejarán el malestar presente: a la palabra *no* solo le seguirá *nada*.

Su negativa a *prestar* la palabra nos hace caer en la cuenta de lo naturalizada que se encontraba la idea de que automáticamente V respondería prestando, y esto hacía perder de vista que V *elegía* decir que sí, *consentía* a esa demanda. Es luego de un año, al decir que no, que puede leerse que había algo que invitaba a dejar entrar a M en el mundo de V y eso, por primera vez, se ha roto.



V ha manifestado a su manera que no quiere; invitamos a M a elegir a otro compañero. M vuelve a señalar a V; dice “V”. V ni siquiera lo mira. El dedo índice de M con el que señala a V queda flotando en el aire; va y viene, de V hacia nada. Da la impresión que a M sin V el mundo se le desmorona. Se perfila de manera dramática el lugar de localización encarnada que jugaba V en la economía de goce de M. El dedo índice de M queda detenido entre el mundo y él mismo: sin V no hay más mundo pero tampoco hay M. El mundo se nombraba V y desde allí, pasando por esa localización, se tornaba discernible, amigable, contable, posible. De pronto nadie más es apto para ser señalado porque la realidad ha dejado de estar conformada por elementos discretos soportados en signos para dar lugar a un caótico mundo de sensaciones de calibre insospechado.

III/ Perturbar la solución (con saña)

V había llegado perturbado al taller, tal como anticipamos.

En la *cigarra* ha comenzado un pibe muy diferente a los demás. Posee una capacidad única de lastimar con la palabra y desde allí se hace expulsar.

Fue en *Chinese en chino*¹ donde C se ensañó con V haciendo trastabillar su solución:

-¿no te das cuenta que no sos un Power Ranger?!- , le dice con desdén. Acto seguido V arroja su diccionario, lo pateo y deja de participar cruzándose de brazos mirando al vacío.

Hay que reconocer en C el don de captar la parte más delgada del hilo desde donde todo pende; hace presente un goce de la crueldad que roza el límite de lo alojable como dispositivo.

Si V no fuese un Power ¿acaso podría ser otra cosa?

Con la solución demolida llega al taller perturbado y, cuando como siempre M le pide la palabra, V, cuestionado en la solución que localizaba su ser en la imagen del Power en el armado de borde, se niega (Maleval, J.C., 2009). Su solución naufraga a instancias de un goce que solo se hace al lazo lastimando.

Más tarde, al retornar a su casa romperá un vidrio. Malestar mudo.

¹ “*Chinese en chino*”, taller de traducción de lenguas.



IV/ Re-powerización de la solución

La semana siguiente se repite la secuencia: C aniquila el borde logrado en V. Advertido, antes de convocarlo al taller, propongo a V tener una sesión. Acepta.

De su mochila saca una revista con imágenes de Power Rangers para colorear. En lugar de hacerlo se dedica a contornear la figura con el dedo lentamente. Pasa de una figura a otra en silencio. Su dedo da pelea a cada franco abierto por la frase que objeta su imagen – real² - de Power para recomponer la imagen de doble que soporte lo insoportable del ser. Sin imagen de Power que lo aloje solo tendremos noes y vidrios rotos.

En el taller su primera palabra es *nadie* pero luego reaparecen los Powers en sus palabras y la vivificación es evidente.

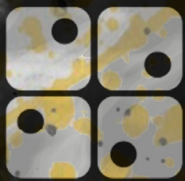
Entre taller y taller se hizo lugar al rearmado de su singular invención. Sin ella, el *no* que denota el retorno de goce del viviente que cae sobre sí, se traga todo.

V/ tal para cual, asimétrico

Si en *Tal para cual* se daba cuenta de la pareja perfecta, tenemos ahora un triángulo que ha hecho nacer un obstáculo.

La negativa de V a prestar su palabra desengancha a M del modo del signo. V opera de catalizador, grado cero de suplencia del NP. Sin V, el orden del signo pierde su anclaje y el mundo de M deviene un cúmulo sensible imposible de localizar en algún orden de pensamiento. La consecuencia es catastrófica.

² La disposición del signo en el armado de un borde a partir de una imagen permite operar – y servirse - a partir imágenes reales, tal como puede situarse la imagen real en el esquema óptico propuesto por Lacan. Al respecto, ver Rey-Flaud, E., *Les enfants de l'indicible peur*, Ed Flammarion, Aubier, 2010; y Rey-Flaud, E., *L'enfant qui s'est arête au seuil du langage*, Ed Flammarion, Aubier, 2008.



Una vez encarnada la función de doble no puede ser desplazada a cualquier otro objeto. Se suma además que la potencia que opera ser el depositario del dragado puntual del goce imposible de extraer retorna con el mismo peso delegado en el mismo instante en que dicho objeto se niega a seguir ocupando dicho lugar. Es porque lo dice él, V, que cae lo poco de universo de signo que habita en M. La vacilación en tiempo real del dedo que busca y se detiene de golpe, de la que somos testigos; la imposibilidad de señalar otro que detente ese lugar precisa que no se trata de aquel que posee la palabra sino del lugar que opera como depositario del goce del viviente. El hueco cavado donde eso puede ser alojado deviene por ello mismo condición del habla y se funciona adherido a eso como si se tratase de un pulmотор.

V, a diferencia de M, anda enchufado a su mochila. Su pulmотор-Power lo lleva puesto a todos lados. M opera la función de separarlo un poquito de una solución que de tan lograda, dejaba al resto del mundo fuera³.

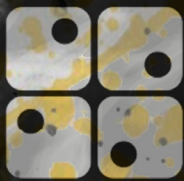
Uno y el otro no ocupan lugares simétricos: V localiza el goce en M pero V ya porta una solución a ese problema. Por eso el encuentro con la vacilación “*M es un...*”⁴ oficiaba el instante mágico en el que se desenchufaba el respirador e inspiraba el aire contaminado del significante. Un instante, y luego, al sellar la frase “*un...cartero*”, volvía al pulmотор. Una imagen fija en el que se retoma lo inmutable de un mundo a resguardo del encuentro contingente con la equivocidad del significante.

VI/triángulo maltrecho

Entonces llego C, que no necesita pulmотор – claramente no se trata aquí de modalidad alguna ligada al autismo - y al que una posición de goce enlazada a la crueldad empuja a cortar los cables de los demás.

³ “Tal para cual”, en Revista entreUnos, 2015.

⁴ “Tal para cual”, en Revista entreUnos, 2015.



No se trata del paciente *típico* de *la cigarra*. Hace años que no puede insertarse en lo escolar frente a la irrupción de un fantasma de quedar como objeto de rechazo y burla de los otros y que pone en acto como eco insoportable sin alcanzar a advertir su posición de agente en el malestar de los demás. Fantasma hasta aquí, inmovible.

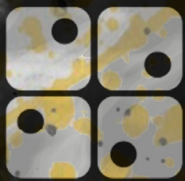
VI/ Rectángulo

La imagen del triángulo que hace entrar un tercero en discordia que altera la armonía idílica entre los otros dos, no contempla el lugar de cuarto que en su incidencia tiene *la cigarra*. Sea porque C es incluido a sabiendas de lo que genera y más aún, es por ello mismo que se le hace lugar; sea por el lugar que abre la presencia del analista como testigo y como intervención, nada de lo que está en juego puede alcanzar un orden de esclarecimiento sin hacer entrar en la cuenta el efecto del analista allí.

Los talleres en *la cigarra* se conciben como una instancia de intervención clínica. Si al momento de ser pensados se imaginan a partir de una pregunta a recorrer durante años en torno a un aspecto de la estructura – estatuto de la palabra y sus soluciones posibles, *taller de la palabra* – que permite un despliegue en una suerte de laboratorio, su función es, insistimos, clínica.

Cuando M se dirige a V por primera vez para pedirle una palabra, saliendo de un encierro de años, lo hace a partir de la intervención del coordinador del taller⁵. Solo después del acto del analista vendrá la elección de M de consentir en V ese lugar. C fractura la defensa de V y el analista interviene ofreciendo una sesión. V reconstituye el lugar del doble en sesión y vuelve al taller.

⁵ “Tal para cual”, en Revista entreUnos, 2015.



Cuando el coordinador se dirige a C solicitando un nombre para el dibujo realizado por todos en 208x⁶ recibe el peso del rechazo puesto en juego en la relación al Otro: se encoge de hombros y realiza un gesto de desdén por respuesta. Se sanciona el silencio por repuesta escribiendo en el pizarrón un vacío recortado por paréntesis. Se le pregunta seguidamente qué edad tiene eso que tiene vacío por nombre; C responde enojado y sorprendido: “¡me jodes!”. Se lo escribe: nombre: vacío; edad: *me jodes*. Sobrepasado, C no puede no reír aliviado. Apenas un instante donde flaquea el rechazo del Otro como defensa.

VII/

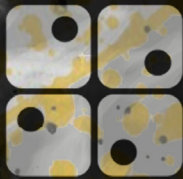
Cada vez más *la cigarra* se instituye como lugar que intenta alojar lo que cae en los márgenes del Otro social. Se pone a prueba en su capacidad de fraccionar el goce en pos de su transformación pero reconociendo su límite: ni sacrificar el dispositivo ni arrojar a pacientes y analistas a un malestar excesivo. Hay que reconocer en esto un borde por el que se desplaza C y la tensión al límite que esto genera en tanto goce posible de ser alojado. *La cigarra* cruje. El trabajo propio en el autismo delimita el armado de un borde que localice el goce del Otro y todo se encamina en *la cigarra* en facilitar y propiciar dicho armado.

La crueldad de ese otro modo de vérsela frente al goce del Otro produce aún más dolor en los otros y plantea los límites del dispositivo. Pero el punto es que si se concluyera que *la cigarra no-es* para C, la respuesta misma no haría más que reproducir la respuesta que el Otro social le devuelve una y otra vez en conformidad con la premisa fantasmática⁷ de ser expulsado sin algún saldo que permita subjetivar a mínima el empuje a hacerse expulsar.

En todo caso, *la cigarra* se re-inventa cada vez en pos del goce a ser alojado. No hay el sujeto que *no-sea* para *la cigarra* a priori; en el mejor de los casos, habrá el sujeto que haya podido consentir. O no. Será solo en ocasión de su respuesta a la intervención y nunca antes que se

⁶ “208x”o taller del cuerpo: juego en el que se pasa a dibujar una parte del cuerpo humano en el pizarrón. Una vez terminado se propone un nombre, edad y actividad.

⁷ Premisa que a esta altura no deja de interrogarse en un carácter de eventual certeza.



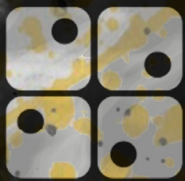
habrá podido verificar que su lugar *era* la cigarra. Decidirlo de antemano a partir de una fenomenología del goce o de una sumatoria de atributos, aún con las mejores intenciones, no deja de ser otra cara de la segregación.

slatopo@gmail.com

Referencias bibliográficas

Maleval, J.C., L'autiste et sa voix, 2009, France, Seuil, Champ Freudian.

<https://issuu.com/entreunos/docs/entreunos>. Revista entreUnos N°1, 2015.



Talleres de magia y disparate: Uno en busca de otros unos

Aracelli Marchesotti y Florencia Fiorentino

“Las únicas actividades de Dios eran la deglución, la digestión y, como consecuencia directa, la excreción. Esas actividades (...) pasaban por el cuerpo de Dios sin que él se diera cuenta. (...) Dios abría todos los orificios necesarios para que los alimentos y líquidos lo atravesaran. Y esa es la razón por la cual (...) llamaremos a Dios, el tubo”
Amelie Nothomb, Metafísica de los tubos.

Presentación

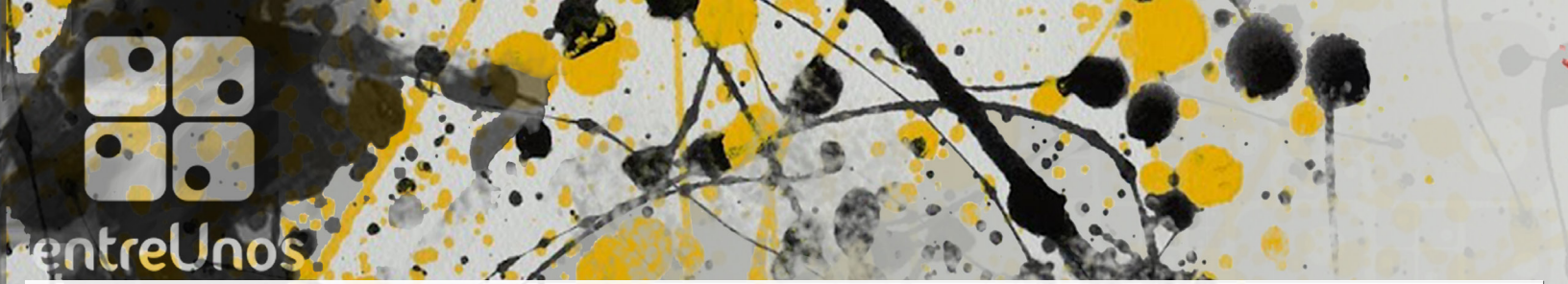
Vamos a presentar el recorrido de un paciente autista por los talleres de magia y disparate.

La motivación a escribir sobre M se produce por lo que él presenta: una maniobra defensiva eficaz, que insiste en dejar al otro afuera sin ser tocado por ninguna diferencia.

El encuentro con este imposible produce en las coordinadoras, como en los otros del taller, el desánimo de siempre lo mismo, a veces aburrimiento, el fastidio de algunos pares. Nada queda escrito.

Y asimismo promueve la tenacidad del deseo de los analistas con el desafío de rescatar al sujeto de la soledad del goce. En ese *nada cambia* leemos un trabajo incesante del sujeto que hace posible sostener la apuesta de su emergencia.

La persistencia de las dificultades clínicas encontradas a lo largo de los años y del tiempo, que pasó para nosotros y que no pasó para él. Nos impone vérnosla con la presencia del



tiempo real. Y nos fuerza a retomar la tarea realizada, de M y de los talleres, y hacer de ella un recorrido que nos posibilite leer qué trabajo lo ocupa hoy.

Pasar por los talleres de magia y disparate

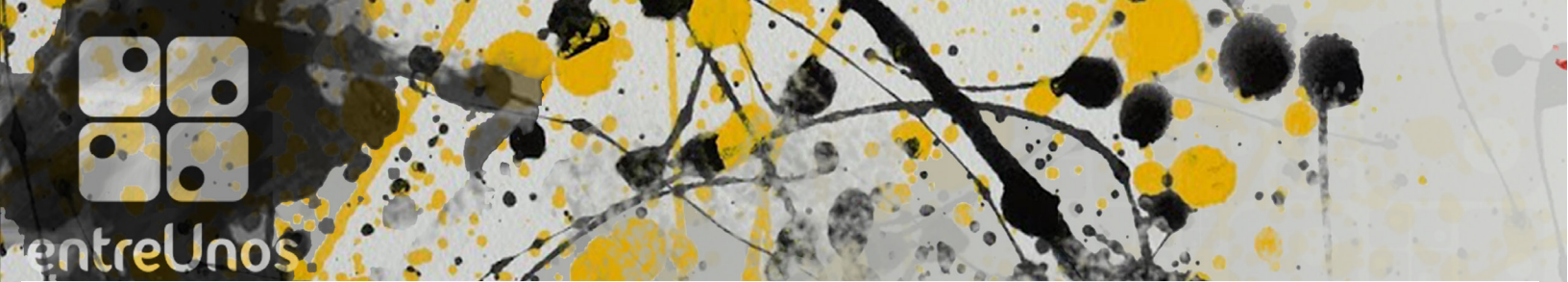
M es un chico de unos 18 años que concurre a *la cigarra* desde hace varios años. Su presentación es de repliegue autista, ojos entrecerrados, quieto, casi inmóvil, en donde se sienta queda tomando la forma del banco que lo contiene. No habla con fluidez, cuenta con muy pocas palabras, al menos en estos talleres. Muestra una intensa pregnancia para imantarse con la imagen de los otros: si le reís, ríe, si lo mirás parece que mira, si se lo invita a pasar siempre dice “Tí”.

¿Cómo acompañarlo para posibilitar una participación que no se torne tan mecánica ni rígida, sino que aparezca algo de su singularidad o interés? ¿De qué modo intervenir en la construcción y ampliación de su vocabulario?¹

Hace mucho tiempo en el taller del disparate...

Corría el año 2009 y cuando a M le tocaba pasar la palabra por un tubo emitía un sonido gutural irreproducible e imposible de significar que parecía salir del fondo de su cuerpo. Y también al recibir la palabra de su compañero, la reproducía al mismo momento que ésta

¹ El presente trabajo fue originalmente escrito y presentado en las jornadas de *la cigarra*, en Noviembre de 2014. En la actualidad, al revisar el texto para esta publicación, nos advertimos de que justamente, la posición de M es rígida y mecánica, y en eso defensiva. Entonces nuestra pregunta se reformula en términos de si habría algo más que la defensa incesante. Es una suposición nuestra el que podría haber otra cosa.



sonaba en su oreja. *M. no podía retener ninguna palabra, así como entraba por un agujero, salía por el otro como un tubo en sí mismo.*

El cuerpo-tubo todavía no se recorta del mundo con la forma del florero real que al menos contiene las flores reales; sino que se presenta permanentemente abierto a la irrupción del ruido sin barrera que limite sonido-silencio, ruido-no ruido. Todo-nada.

Nos llevó el trabajo de un año -con diferentes intervenciones que buscaban vaciar ese ruido compacto- que algo caiga para hacer lugar a una palabra posible de ser emitida. Con la consecuencia de que ese cuerpo se cierre momentáneamente dando lugar al recorte de algún sonido distinto que quede -por un ratito- retenido en él.

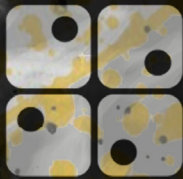
Qué hicimos: cambiamos de tubos con diferentes formas y tamaños, pasamos papelitos con letras escritas por M a través del tubo, significamos de diversas maneras ese ruido, hasta que con un tubo de boca muy ancha y la posibilidad de escribir en papeles lo que él anotaba, surgió la palabra: oí, hola, eta...

M nos dejó ver que escuchaba. Cuando pasaba la palabra, lo hacía con el tono y la melodía del otro. No importa el sentido. Puso al descubierto que el asunto era lo sonoro, tanto para hablar como para escuchar. La defensa es ante la presencia enunciativa del otro y no ante la materialidad sonora del mensaje. Por eso, poder escribir permite velar esa presencia, reducir la multivocidad de la palabra y variar en sus respuestas.

“La esquizia entre el oído y la voz no se ha producido para el autista, de modo que oye, en efecto, “muchas cosas”, demasiadas, cuando la palabra se torna expresiva y singular” (Maleval, 2011, p. 214).

Mientras tanto, en el taller de magia...

En cada truco de aparición o desaparición de objetos cada chico con la varita en mano pasa a decir su palabra mágica para hacer desaparecer el objeto y se solicita diga otra palabra para hacerlo reaparecer. M solo contaba con una: *ete*. *Ete* para nombrar al perro, *ete* para hacerlo



desaparecer, *ete* para hacerlo reaparecer. Literalmente *una sola*! Y con esa sola se enlazaba al mundo taller, en el que surge el sujeto cada vez que *ete* busca nombrar lo real, localizando el mundo y al sujeto en él. En palabras de Lacan: *ete* sería el estado nodal de la palabra.

Falla la magia

La intervención para M consistió en hacer funcionar el truco con la palabra *ete* para que desaparezca el objeto, pero no así para que reaparezca. Pero solo hay *ete*. No la alternancia. No hay corte.

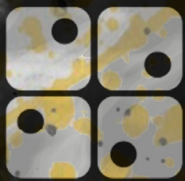
Que hicimos: recurrimos a prestarle palabras por medio del pedido a compañeros o analistas (que él señalaba), él las reproduce, pero no las toma. El Dios Tubo.

En algún momento, difícil precisar por qué, tal vez la contingencia, M nos sorprende diciendo otra palabra, *eta*. Una letra, la mínima variación hace un mundo para el taller. Esa novedad se festeja, repitiéndose al siguiente encuentro.

Otra vez *ete* ¿la misma dificultad?

Este año M reinicia los talleres con *ete*. Y, simultáneamente en el taller del Disparate cada vez que recibe la palabra del otro, no la retiene y aparece *hola* bajo el mismo modo de funcionamiento *ete*. Ahí donde la diferencia, en el tono, en la presencia concreta del otro, en lo que buscamos interrumpir de la mismidad de M aparece *hola*. Es otra, pero con el mismo modo de respuesta “no ha lugar”, eso no entra.

¿Querés que te cuente el cuento de la buena pipa?



En la actualidad, se producen dos intervenciones en el taller de magia: en el momento en que se dijo la palabra mágica, se le pregunta al participante si quiere que se acompañe el intervalo con música de suspenso: *¿música?* La respuesta de M era *hacer* la música de suspenso, no responder si quería o no música. Hace la música como sutura de la diferencia que se le podría abrir con la pregunta del otro. Haciendo imposible lo discontinuo de la propuesta. Por eso otra vez el cuento de la buena pipa. El funcionamiento Uno.

El sentimiento de existencia depende del lugar simbólico que ocupamos en el Otro, pero cuando el Otro es un puro real y el sujeto se defiende rechazando la alteridad ¿cómo construir un modo de encuentro si la estrategia subjetiva busca anular dicha alteración? ¿Qué intervenciones harían posible que el sujeto tolere el signo de la presencia del otro, partenaire real que buscamos constituir?

Casi sin pensarlo, a él se le oferta: *¿música o silencio?* Responde: *silencio*. Si variamos el orden de la pregunta, también responde *silencio*.

¿Puede pensarse esta respuesta como esbozo de una elección? Siendo que lo sonoro tanto como lo escópico desarticulado es lo que pareciera comandar al sujeto ¿la oportunidad de que elija el silencio puede ser casual? ¿Acaso admite tomar distancia de esa permanente presencia sonora y visual?

Cortar por lo sano

En Disparate, al repetir *hola* en 6 oportunidades y cortarse la ronda de la que participan también otros chicos, decidimos dejar afuera *hola*. Y abrir un desvío a partir de él. Extraer *hola* de la ronda, también pidiéndole que en su turno en lugar de decir su palabra, la escriba. Allí no aparecía *hola*, sino letras XXXXXXXXXX.

En Magia, se instala para M la posibilidad de pedir palabras prestadas al semejante que elije y también que pueda escribir. Sigue operando la falla del truco cuando vuelve *ete* para la reaparición.



Cuando no lo demandamos y queda expuesto al vacío de la mirada y la voz del coordinador –otra extracción- puede *orientar su mirada al mago* a modo de un llamado o inquietarse un poco.

Pero no entra en crisis ¿por qué? El mundo ordenado por signos no parece conmoverse, ¿es que tampoco se alcanzó?

“En conformidad con la naturaleza del signo, que no borra el objeto que representa, sino que está fuertemente correlacionado con él, (...) anudando una palabra con una imagen” (Maleval 2011, p. 129). *Hola, ete*, son las palabras que le hace el signo de los talleres de disparate y magia. Sin embargo, la dificultad es cómo expandir ese borde.

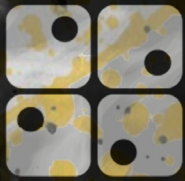
La orientación es construirlo con él. Abrir espacio para que tanto el doble -imagen real con la que resolver la falla simbólica-, como la extracción por medio de la escritura o el desvío del *hola*, sean alternativas para la sustracción del goce replegado. Distribución libidinal que busca el armado del cuerpo como continente, tubo cerrado, florero real. Localizarlo en un lugar fuera del cuerpo permite a M recortar una imagen para sí: el gesto, la sonrisa, la mirada y el tono se hacen presentes.

En los últimos talleres de Disparate, M pasa, reproduce, por el tubo lo que escucha, adosado *hola* y ahí sí lo dejamos pasar. Porque entendemos que no es lo mismo que ingrese *hola* para sostener lo escuchado, a que ingrese solo buscando anularlo.

¿Qué le permite ese advenimiento holofraseado entre lo uno y lo otro?

Cuando lo que escribe, llega a término de la ronda, vota espontáneamente la coincidencia. ¿Reconoce su palabra?

Aunque esto no lo sostenga de un taller al otro, podríamos pensar que algo *se va vaciando* en M. Algo dejó de estar presente todo el tiempo, por un momento, permitiéndole salir de la sumersión. Y no es lo mismo para el sujeto volver al *hola* habiendo pasado por este lugar que no conocerlo nunca.



En los últimos encuentros es notoria la vivificación del cuerpo de M cuando dice/escucha otra cosa.

Una vez en un taller de disparate un sujeto llamado M, no tenía más que un sonido gutural ¿se acuerdan?

aracellimarche@gmail.com

fflor14@hotmail.com

Referencias bibliográficas

- Laurent, E., *La batalla del autismo. De la clínica a la política*, 2013, Ed. Grama, Buenos Aires.
- Maleval, J.C., *El autista y su voz*, 2011, Ed. Gredos, España.



El Otro en las inmediateces*¹

Pablo Dymant

Abstract

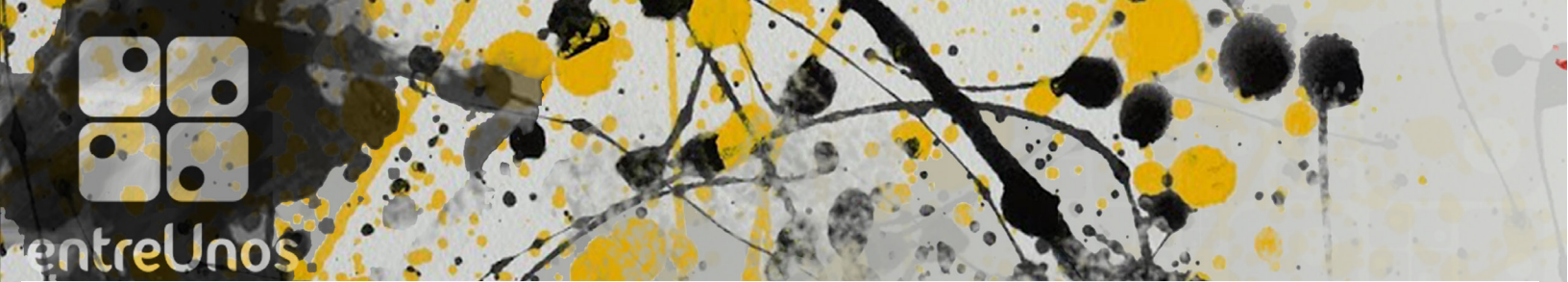
La pregunta que orienta este trabajo consiste en cómo alcanzar, en el marco de un taller de idiomas, a armar un lazo con el pequeño psicótico o autista cuando éste prescinde del lenguaje como instrumento para tratar el goce (Lacan, J., 2012), partiendo de un consentimiento regulado que no fuerce las defensas e invenciones del sujeto.

El taller tiene comienzo en un momento en que se ofrece a cada chico elegir un diccionario con el cual trabajar. Contamos con diccionarios de inglés, francés, alemán, italiano y de sinónimos. A continuación, promoviendo cierta posición enunciativa, se le pregunta, de a uno por vez, que palabra o frase le gustaría decir para que luego de escribirla en el pizarrón la misma sea traducida a los diferentes idiomas. Ficcionalizando de este modo lo que en el fondo no se produjo en el proceso de subjetivación de estos niños, el hecho de que su palabra trascienda al campo de un Otro que la aloje y en lo posible le inocule sentido.

Lo primero que tenemos es pues una palabra que no necesariamente debe ser pensada como dirigida al Otro, estamos en el nivel de la letra, nombre con el que Lacan alude a la materialidad del significante por fuera de su función de producir significaciones.

Así, una vez que se transcriben todas las palabras en un cuadro trazado en la pizarra, se inaugura un momento en que cada niño, asistido generalmente por uno o dos practicantes, buscará en un diccionario la traducción de cada palabra propuesta. A continuación, estas

* Una versión previa de este trabajo fue presentada en las jornadas anuales de hospitales de día del CSMN 1 "Dr. Hugo Rosarios", en octubre del 2014.



traducciones también son transcritas a medida que cada chico las encuentra y va llamando al coordinador para dictárselas.

El taller culmina en un momento de lectura en voz alta donde los niños pronuncian las palabras que ellos mismos se encargaron de traducir en el idioma correspondiente, intentando respetar los elementos prosódicos de cada lengua, lo que no deja de implicar cierto orden de cesión.

En esta oportunidad nos detendremos a indagar algunas maniobras posibles ante un niño que rechaza incansablemente el ofrecimiento a participar del aspecto formal del taller, eligiendo de todos modos permanecer en el mismo.

El Otro amenazante y el aislamiento

Con alternancias a veces prolongadas Nacho participa del taller desde sus inicios en 2010. Desde entonces lo observamos protegerse incansablemente de todos los signos de la presencia del Otro. En concomitancia, la retención de la voz y la mirada le son también características.

Una vez ingresado al taller opta por el aislamiento, acomodándose en un rincón de la sala, ya sea acostado o sentado en el piso, siempre por detrás de las sillas que conforman una semi-ronda en torno al pizarrón. Es decir que Nacho se ubica por fuera del conjunto, en sus contornos, donde lo vemos soliloquiar y realizar gestos bizarros con las manos. Se trata de un niño que muestra una dificultad mayor para tomar asiento en la enunciación. Cada vez que se lo invita a participar rechaza nuestro llamado, a veces sin responder, otras mediando sus NO, NO QUIERO, NO SE, NADA. La intromisión del Otro resultaba para él insoportable, al punto que a menudo solía acompañar su rechazo mediante un gesto con los brazos de expulsión al aire, entendemos que desasiéndose de cierto real que lo invade. Toda manifestación de la pulsión invocante no hacía más que sostener al sujeto en su repliegue.

Desde hace tiempo sabemos que Nacho lee sin mayores inconvenientes y que dispone de una importante cantidad de palabras. Estas últimas, sin embargo, en su uso jamás traspasan el



valor de signo, manteniendo al sujeto en una relación de extranjería con el lenguaje que en el taller se traduce por la imposibilidad de armar un lazo con el Otro *-y con los otros-*.

No obstante, con el transcurrir de los talleres Nacho comienza a aceptar de buen grado el uso de los diccionarios. En un principio el objeto capta su atención, pasa las páginas y se detiene en algunas palabras que repite. Momento en el cual la proximidad del semejante es mejor tolerada abriéndose a breves intercambios. El objeto diccionario arbitra la relación al Otro.

Esta coyuntura se mantiene durante largo tiempo, y a su manera Nacho continúa participando regularmente de la actividad.

Consideramos al hecho de que el niño decida permanecer en el taller como una elección. En consonancia con los demás talleres de *la cigarra*, tal elección sería propiciada por la realidad estructurada, ritualizada, siempre-la-misma, que encuentra también en este taller y que en efecto parece brindarle resguardo. Por otra parte, quienes participamos, atentos a las respuestas que el sujeto dispone para arreglárselas frente al encuentro con el Otro, regulamos nuestras intervenciones intentando borrar los signos de una presencia demasiado enunciativa.

La palabra robada

A pesar de su sostenido rechazo nunca dejamos de preguntar a Nacho por su palabra.

En una oportunidad, luego de que varias veces se lo invitara a participar persistiendo él en su negativa, se produce la siguiente situación:

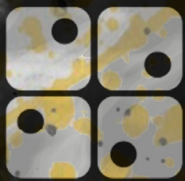
C: *-Nacho ¿Cuál es tu palabra?*

Nacho, sumido en su habitual repliegue, responde: *-¡No! ¡No!*

C: *-No... es una palabra interesante, creo que nunca la buscamos.*

Y a continuación procede a escribir este NO en la pizarra.

Así, simulando total naturalidad, se da inicio al momento de búsqueda en los diccionarios. Tras breves instantes, Nacho se levanta de su silla y se aproxima al pizarrón donde permanece firme observando cómo se van escribiendo las variaciones de su NO original, en francés, alemán, portugués, etc.



Ante la eventual respuesta de Nacho, NO, signo del que se vale para evitar el encuentro angustiante con el Otro, sorpresivamente el coordinador opta por escribir este NO de todos modos, conmoviendo la defensa. Transformando el rechazo en don, la prevalencia del signo es puesta en jaque.

Tomar en consideración este NO implica no dejar caer la palabra del sujeto como puro real asumiéndola como marca de su presencia en el mundo. Maniobra que lo aloja en la materialidad de la letra, que se traduce sin agregar sentido.

Entendemos a esta intervención como un modo de perturbar la defensa, "oponiéndonos a que el paciente realice incansablemente la misma maniobra. (...) Vamos a molestar esa repetición, vamos interceptarla, meternos en su circuito para agrandarlo, para desplazar el borde que ha intentado armar con ese goce repetitivo" (Berkoff, M. 2014).

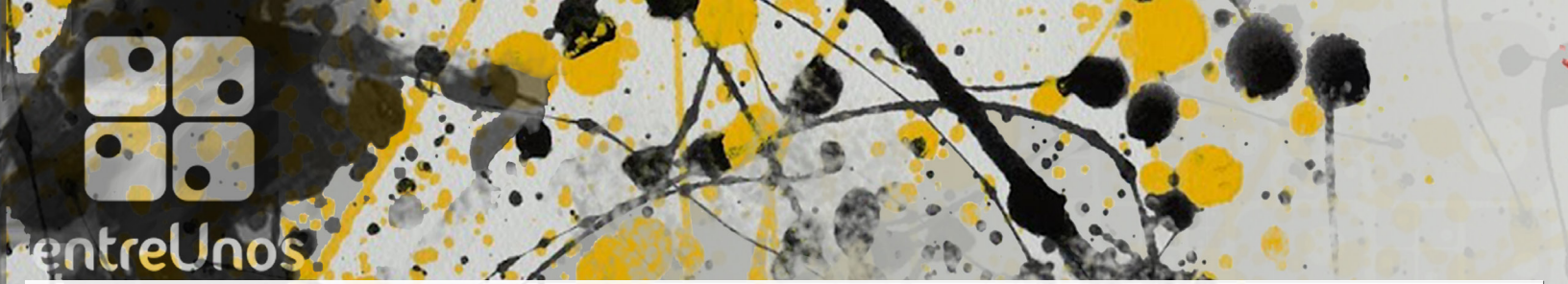
En efecto, este maniobrar promueve un desplazamiento del borde que desemboca en la aproximación de Nacho al pizarrón, abandonando súbitamente su acostumbrado aislamiento. Su palabra escrita junto con las traducciones, a la par que captan su mirada, vuelven menos intrusiva la proximidad del Otro. Finalmente constatamos cómo Nacho se dispone a leer y repetir en voz baja cada una de las traducciones de su NO original.

Alojar el sinsentido

En ocasiones, por propia voluntad, Nacho comienza a incursionar en el pizarrón para escribir palabras que deconstruye intercambiando las letras. Los nombres propios son al respecto su predilección, modificando MAURO por MORAU, TOBIAS por TABOAS, o bien combinando FERNANDO y FACUNDO para obtener FERCUNDO.

Observamos una marcada tendencia a utilizar nombres propios, nombres que alcanzan al referente sin pasar por el significante S2, lo que entendemos respondería a la misma propensión a servirse del signo, dada la equivalencia existente entre la cosa representada y la representación.

Ahora bien, el sinsentido en transferencia implica alojar las producciones del niño más allá de las significaciones compartidas y de toda reciprocidad imaginaria. Se trata de un jugar con



la letra por fuera de lo simbólico en que interviene la metonimia y que le permitiría a Nacho ejercer cierto dominio sobre el lenguaje, liberándolo de sus efectos de mortificación.

Esto le da acceso al armado de un lazo que, si bien precario y transitorio, resulta vivificante para el sujeto -y para los practicantes-. Ahora Nacho solicita al coordinador que escriba y lea estas palabras, lo que tiene a la risa como efecto inmediato.

Tomar asiento en el doble

En los últimos tiempos, si bien persiste en quedarse apartado se observa una diferencia a nivel del cuerpo. Vemos que Nacho ya no se oculta detrás de las sillas sino que prefiere ubicarse a cierta altura, erguido, ya sea sentado sobre una mesa o bien sobre un gran cofre que había en la sala. Y si bien continúa permaneciendo por fuera del conjunto, opta ahora por una perspectiva que le permite abarcar la totalidad del espacio con su mirada.

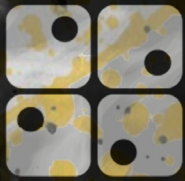
En una ocasión, habiendo quedado un practicante trabajando con dos chicos, K y F, el coordinador le sugiere a K que se cambie de lugar para trabajar con él, de modo que K abandona su asiento. Repentinamente vemos a Nacho, quien se hallaba de pie en un rincón cercano a la puerta, cruzar la sala para tomar asiento en el lugar dejado vacío por K.

Pasados unos minutos, en un momento de particular bullicio, la voz de Nacho irrumpe desde su nueva posición y para nuestra sorpresa, por primera vez, llama repetidas veces al coordinador por su nombre: ¡Pedro, Pedro!

Una vez que encuentra la mirada del coordinador, muy animado exclama: "MEGA THIAGO". Y de buen grado observa cómo su palabra se transcribe en la pizarra.

Notemos que el niño toma el significante MEGA de la misma compañera de la que anteriormente tomó su lugar, quien había elegido como palabra a traducir: MEGA FUERZA. Tomando asiento sobre la imagen del doble, en este caso su compañera K, una animación pulsional se opera. Nacho procede a un nuevo desplazamiento del borde que torna al Otro menos amenazante encontrando un modo singular de participar en el taller.

Y no obstante el carácter imitativo del doble podemos señalar con Ansermet: "que en el hecho mismo de la imitación -impasse del autista- existe ya una posible anticipación. Se trata de



reconocerla. Anticipar la imitación como elección. En la imitación existe la reproducción, pero existe también la intención. Entre lo que está por reproducirse y su reproducción se desliza una diferencia, espacio para que la cuestión de lo que es propio al sujeto, lo singular, lo único, se aloje" (Ansermet, F., 1997).

En suma

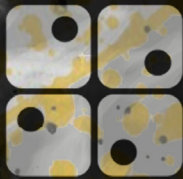
Todos estos movimientos producidos por Nacho en el marco del taller de idiomas permiten ubicar un trayecto que va desde el rechazo sostenido del Otro a una nueva posición rubricada por el desplazamiento del borde que, en el mismo movimiento, atempera la relación al Otro operando un vaciamiento de los objetos voz y mirada.

El taller promueve la instauración de un espacio donde cada niño puede depositar la singularidad de su síntoma encontrando nuevas herramientas para arreglárselas con su difícil anudamiento.

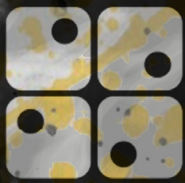
lic.dyantpablo@outlook.com

Referencias bibliográficas

- Ansermet, F. "La cuestión del sujeto en el tratamiento psicoanalítico del autismo", Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, No 63, 1997, <http://www.revistaaen.es/index.php/aen/article/view/15557/15417>.
- Berkoff, M. "Perturbar la defensa en los niños", Virtualia, No 28, 2014, <http://virtualia.eol.org.ar/028/Limites-y-dificultades-en-la-practica/PDF/Perturbar-la-defensa-en-los-ninos.pdf>.
- Lacan, J. [1953-54], El Seminario, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud, 1988, Paidós, Buenos Aires.
- Lacan, J. [1971], "Lituraterra", en Otros Escritos, 2012, Paidós, Buenos Aires.
- Lacan, J., [1973], "El atolondradicho", en Otros Escritos, 2012, Paidós, Buenos Aires.



- Lacan, J. [1974], "Conferencia en Ginebra sobre El síntoma", Intervenciones y textos 2, Paidós, Buenos Aires, 1991.
- Laurent, E. "La batalla del autismo", 2013, Grama Ediciones, Buenos Aires.
- Maleval, J-C. "¡Escuchen a los autistas!", 2012, Grama Ediciones, Buenos Aires.
- Maleval, J-C. L'autiste et sa voix", 2009, Éditions du Seuil, Paris.
- Miller, J-A. "Clinique ironique", La Cause freudienne Nro. 23, Revue de psychanalyse, Navarin Seuil, 1993.
- Soler, C. "El inconsciente a cielo abierto de la psicosis", 2004, JVE Ediciones, Buenos Aires.



Teatro leído: en voz alta y tachando¹

Ricardo Seijas.

Coordinador del hospital de día de adultos del CSM Nro.1. CABA.

La propuesta de trabajo del taller de *teatro leído* es básica: leer entre los participantes –tanto pacientes como analistas- una o varias escenas de una obra de teatro por reunión.

Primero se repasa someramente la escena para ver cuántos y qué personajes hay en ella, y luego cada uno, con preferencia de los pacientes, va eligiendo los personajes que quiere leer. Se aclara que no es la intención *representar* o *actuar* la escena, solo leerla.

En la primer reunión del ciclo presentamos algunas obras de teatro (no hicimos la selección según algún criterio explícito) y uno de los pacientes propone leer *Romeo y Julieta*, de William Shakespeare. Se reparten copias de la obra y comenzamos la lectura. Nos encontramos rápidamente con el estilo de cada uno –el ritmo, el tono, la música de cada voz- y con el ‘*errar*’ en esa lectura. Reemplazar una palabra por otra, saltarse un renglón, no tener en cuenta el signo de puntuación (ya sea el punto o el signo de pregunta o de exclamación), no darse cuenta cuando le toca al personaje, etc.

¹ Trabajo realizado en base a un texto presentado en las Jornadas de Hospitales de día del Centro nro.1 en el año 2014, llamado en “En voz alta y tachando”, de Larisa Santimaría y Ricardo Seijas. El taller de teatro leído formó parte, durante el año 2014, del dispositivo del Hospital de día de adultos del Centro de Salud Mental Nro.1, del GCBA, Buenos Aires, Argentina.



Descubrimos rápidamente que ninguno está exento de este error. Nos encontramos entonces con un primer problema: ¿corregir o no estos “errores”? ¿Señalarlos? En general, decidimos no hacerlo.

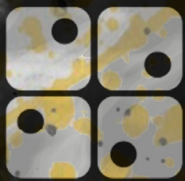
Les propongo leer el recorrido de un paciente en el taller, para advertir de qué manera un dispositivo colectivo –coordinado por analistas- permite y promueve un trabajo de la singularidad del sujeto.

En el caso de H nos encontramos con una lectura monocorde que no tiene en cuenta los signos de puntuación (tanto aquellos que establecen pausas (punto, coma), como aquellos que indican entonaciones (interrogación, exclamación) y que como lógica consecuencia tampoco tiene en cuenta al sentido. Al mismo tiempo, su lectura de las palabras es impecable, casi no comete lapsus de lectura.

Ante cualquier pregunta que le hagamos a H sobre el sentido de la frase o de la escena, permanece en silencio, la mirada clavada en el interlocutor, en una suerte de perplejidad momentánea, respondiendo finalmente a la invitación del coordinador con “no, no, sigamos leyendo” o “ya está”.

En este primer momento, que le toque leer un personaje femenino no causa ningún comentario o rechazo en H. Tampoco hay una preferencia en él por algún personaje en particular.

Ubicamos aquí una sumisión completa de la voz a la letra, absolutamente fuera del sentido. Esto es: H elimina la enunciación del texto y con ella, su propia enunciación. Se podría decir que H emite sonidos codificados en las letras, lee entonces *fonéticamente*. La única salvedad a este modo es que acepta los intervalos entre las palabras y también el guión al final del renglón que señala que la palabra continúa en el siguiente.



En el transcurso de las reuniones, H nos sorprende con un giro en su posición, pues comienza a detenerse en algunas palabras y pregunta “¿qué significa?”. Hacemos uso de un diccionario –pues muchas palabras de las que señala son de castellano antiguo y por lo tanto, son extrañas para todos- y entonces se propone tachar la palabra que no entendemos y sustituirla por alguna de las acepciones, la que cada uno quiera. Él acepta y entonces pregunta: “¿qué pongo?”. Se le ofrece nuevamente las acepciones para que elija. Lo hace, tacha la palabra y la reemplaza por la elegida.

Es un primer movimiento: el interés por el sentido de algunas palabras que H elige y extrae de esa inicial masa indiferenciada fónica y gráfica, la pregunta al otro sobre su significado y su intento de someterse a la voluntad de este otro, y –maniobra del analista mediante- la posterior elección de una sustituta, tachando la primera. Es una maniobra que interesa sobremanera a H y que repite varias veces por reunión a partir de entonces.

A la vez siguiente decidimos que cada uno tenga su copia para poder seguir trabajando el texto a su modo, proponiendo que pongan su nombre. H coloca su nombre en la copia que recibe y en el inicio de cada reunión, la busca y si se encuentra con una que no es la suya, la rechaza. Cuando en una ocasión, ante su ausencia, descubre que alguien usó su copia, advierte rápidamente: “esto no lo escribí yo”.

Sin embargo, ese interrogante de H sobre palabras sueltas no se traslada hacia la frase o el párrafo y ante cada debate o pregunta que se da entre otros participantes acerca del sentido de la escena o la enunciación de algún personaje, H insiste en permanecer ausente, muchas veces impaciente por reanudar la lectura.

Encontramos un segundo giro en su posición cuando H comienza a elegir y así sigue –muy decidido- leer *Romeo*. Recibe con una sonrisa la broma de una compañera de taller que le



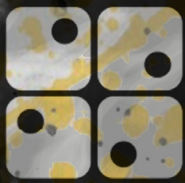
dice “ah, quiere hacer el novio!” ¿Es una sonrisa que indica que hubo interpretación? No lo sabemos. Por sus efectos, pareciera que no. Lee Romeo, pero sin alusión alguna al sentido de lo que Romeo dice.

Luego de transcurrir un tiempo con esta modalidad, en un encuentro singular pues solo estamos H y yo, (los otros pacientes y analistas no han concurrido), se suceden varias novedades. Primero: advierto que va repasando el texto y tachando las x que habían señalado los puntos de detención de cada reunión. Es decir, en cada reunión cuando terminábamos, H escribía una cruz indicando dónde lo habíamos hecho y por lo tanto, dónde debíamos retomar la vez siguiente. Ante mi pregunta sobre ese tachar responde: “porque ya pasó”.

Segundo: como hay varios personajes en la escena –debemos repartirnos más de un personaje para cada uno-, le pregunto cuáles elige. Dice –por supuesto- Romeo y luego elige *Lady Capuleto*. Pregunta: “¿es hombre o mujer?” Al contestarle mujer, no dice nada. Advertimos que es la primera vez que pregunta sobre el género del personaje.

Tercero: cuando empieza a leer, decido decirle por primera vez que hay allí, donde está leyendo sin entonación, una pregunta. Vuelve a leer y cuando llega al signo de interrogación dice literalmente “pregunta”. Y a continuación me pregunta: “¿contesta?”. Respondo que a continuación contesta Julieta.

Cuarto: H interrumpe la lectura y animadamente me interpela: “¿qué es esta historia de Romeo y Julieta? Es así, no?” fijándose en la tapa. Pregunta: “¿estos son ellos?” señalando un dibujo bastante confuso que hay en la tapa, respondo que no sé, podría ser. Le cuento someramente una síntesis del argumento. Comienza entonces a repreguntar sobre cada uno de los personajes: ¿Quién es? Cuando le advierto que hay una lista de personajes al principio del texto, la busca y va señalando y preguntando sobre aquellos que en la lista no tienen



explicación: por ejemplo: “criado ¿quién es?” “primer ciudadano ¿quién es?” “¿estos quiénes son? –se refiere a “coro, tres músicos...”.

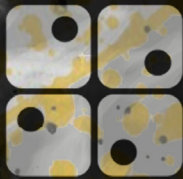
Finalmente repregunta “pero Romeo ¿quién es?”...y se contesta luego de una pausa: “el novio”, término que yo había usado en la síntesis del argumento.

¿Cómo leer este trabajo que hace H, este recorrido desde la posición inicial de rechazo de la enunciación hasta la final donde aparece una enunciación decidida y por lo tanto otro lazo con el sentido, con el saber y con el otro?

Al principio, H aceptaba la consigna y podía leer el texto que le correspondía, pero sin la enunciación que le es posible, ausente todo sentido de lo leído. Consentía a la demanda del coordinador y los cortes implícitos en la tarea –una suerte de anudamiento entre simbólico y real, sin lo imaginario, no solo del sentido, sino del diálogo con el otro.

Creemos que aceptar esta presentación sin cuestionarla –lo que implicaba no estar nosotros mismos atentos al sentido del texto- le permitió a H el surgimiento de su interés por palabras sueltas. Pudo extraerlas y preguntarse y preguntar por su sentido. ¿Cómo leer el surgimiento del enigma sino como un primer anudamiento de real, imaginario y simbólico? Anudamiento que a su vez permitió el agujereamiento del goce del Otro que implicaba la posición inicial.

La propuesta del coordinador de buscarlas en el diccionario, elegir una acepción, tachar la palabra buscada y reemplazarla por la acepción elegida buscó no consentir a la demanda del sujeto de *darle el sentido* que pedía. Aparentando un trabajo sobre el signo (diccionario, acepciones, etc.) en realidad se trataba de poner en juego lo equívoco de cada palabra y la invitación al sujeto a decidir sobre el sentido de ella.



Un párrafo aparte merece la oferta de *tachadura*. Tachar es un modo de inscripción de la pérdida. La palabra que no se entendía –generalmente por antigua, pero no necesariamente– era tachada para ser reemplazada. Y pasaba a leerse la sustituta.

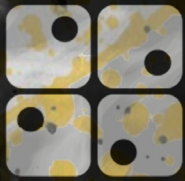
Coincide con la oferta de que haya una copia perteneciente a cada uno. Una nueva oferta en pos de sostener las distintas dimensiones de la singularidad del sujeto en juego. Produce un efecto inmediato: la inscripción de su nombre propio en el texto va seguida –en las reuniones siguientes– del reconocimiento de lo que no escribió y por lo tanto, de su trazo.

Luego de esto, el paso siguiente de H fue elegir por primera vez un personaje para leer. La elección no pareció estar motivada. Pero implicó una nueva extracción, esta vez de la serie indiferenciada de personajes, de un Uno.

Por otra parte H, que escribe primero las cruces señalando los puntos de detención de la tarea en cada reunión, en esa última, que podemos considerar un verdadero momento de concluir, se pone a tachar estas cruces porque “ya pasó”.

Claramente se articula la tachadura con una sanción subjetiva de la pérdida. O mejor dicho: allí está el sujeto (y por lo tanto la pérdida misma que lo causa) al tachar. Por lo que viene después, esa acción de H es un acto, tal como lo considera Lacan en su seminario.

Es recién ahí donde el texto en su conjunto se vuelve Uno: se trata de Romeo y Julieta, es una historia y entonces el enigma se desplaza hacia la ficción: pregunta por la historia y los personajes, su género. Pero lo más interesante es que pregunta sobre aquellos personajes que –en la lista del libro– no tienen una definición al lado. O sea: la pregunta es convocada por el vacío situado al lado del nombre del personaje. Localiza entonces una ausencia, que le resulta enigmática, mas no perplejizante.



Finalmente afirma lo que había pasado por alto durante meses y casi como síntesis de todo su trabajo subjetivo, que Romeo...es el novio!

Podemos leer el movimiento de H en términos de una dialéctica de la localización de un Uno y su extracción –por fuera del sentido, posibilitado por las consignas del taller y la posición del analista- con su consecuente y paulatina pérdida de goce. Es esta dialéctica la que permite un nuevo anudamiento, que incluye la constitución de lo imaginario y su creciente complejización.

seijasr@yahoo.com



Saber quién es el que *no* manda.

Hacia un taller de francés en Hospital de Día.

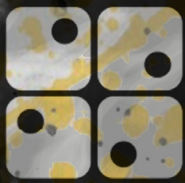
***Lorena Buchner*¹**

«Cuando yo uso una palabra - insistió Humpty Dumpty con un tono de voz más bien desdeñoso – quiere decir lo que yo quiero que diga..., ni más ni menos.
- La cuestión - insistió Alicia - es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.
- La cuestión - zanjó Humpty Dumpty - es saber quién es el que manda..., eso es todo.»
Lewis Carroll

¿Cómo se aprende una lengua extranjera en las instituciones? Siempre se comienza segregando a los alumnos en distintos grupos, según su nivel previo de conocimientos. Como nos dice Humpty Dumpty, sabemos bien quién manda allí, quién dice lo que significan las palabras: el profesor de turno encarna la completud del saber al cual uno debería aspirar a alcanzar, *todos por igual*, a través del cumplimiento de un programa pre-establecido, según

¹ Psicoanalista. Concurrente de Psicología Clínica del Centro de Salud Mental N° 1 "Dr. Hugo Rosarios", donde coordina el taller de francés aquí abordado, en el marco del equipo de Hospital de día de adultos. Alumna de la Maestría en Clínica Psicoanalítica IDAES-UNSAM-ICdeBA, cohorte 2015. Integrante del Ateneo de Psicosis y Escritura del ICdeBA. Autora del blog Psicoanálisis Inédito (www.psicoanalisisinedito.com).

Trabajo presentado el 29 de octubre de 2014 en la Jornada Clínica de talleres de *la cigarra* y el Hospital de día de adultos del CSM N° 1.

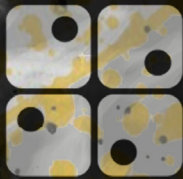


el cual todos deben poder adquirir los mismos conocimientos en igual tiempo y “siguiendo una partitura hecha por otros autores” (Indart J.C, 1989, p. 20). “El proceso educativo requiere entonces que el educador ocupe el lugar del amo, de modo que el educado se someta a sus exigencias” (Najles, A.R., 2009, p. 113).

Frente a esto es preciso decir que, tal como lo enuncia Lacan en *Radiofonía*, “el deseo de ser amo contradice el asunto mismo del psicoanalista” (Lacan J., 2012, p. 414). Y ya en 1925 Freud nos advertía que “el trabajo pedagógico [...] no puede confundirse con el influjo psicoanalítico ni ser sustituido por él” (Freud, S., 2007, p. 197). Que no haya pedagogía analítica implica pues que el discurso analítico va por otra vía que por cualquier intento de educar al paciente. Es que aquí no hay un Otro garante del saber, menos aún plausible de ofrecerse como modelo, como ideal. Y nuestra tarea prescinde de manuales, porque no tenemos técnicas universalizables: la premisa es ir hacia lo singular, *uno por uno*, vez por vez.

Y entonces ¿cómo sería posible concebir un taller de idioma en un hospital de día que pudiese funcionar bajo una lógica que se pretendiera psicoanalítica?

Esta era la pregunta que me retornaba ante la propuesta insistente de que coordinara un taller de francés. Me preocupaba muy especialmente la idea de que un tal coordinador quedara analogado a un profesor y el taller a una clase. ¿Cuál sería la posición de este coordinador? ¿Cómo haría para sostenerla? Algunas ideas que surgieron en el equipo proponían *jugar con la falta* y que *sería como un falso discurso universitario*. ¿Pero qué quería decir eso? Confieso que he naufragado en vano por la literatura psicoanalítica buscando una orientación específica. Tampoco llegué muy lejos interrogando al amo Google, que no dejaba de responderme “No se han encontrado resultados de búsqueda para ‘taller de idioma’ ‘hospital de día’ ‘posición del analista’”. Frente a esta versión contemporánea del S(A), que además me devolvía la evidencia de haber estado buscando ese saber garante del que pretendía



correrme, decidí que no era un mal comienzo iniciar el taller desde mi propia división, desde mi no saber.

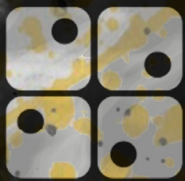
En el primer encuentro apunté a invertir los roles tradicionales, interrogando a los asistentes acerca de qué palabras ya sabían ellos en francés, y así las ofrecieron unos a otros, o apelaron al diccionario para hacer sus aportes.

Jugar con la falta en la práctica supuso jugar con el semblante, demostrando desconocer cómo decir muchas palabras, escribiendo algunas con errores, diciendo no recordar otras. En estas circunstancias, son los pacientes quienes las buscan en el diccionario para enseñarme cómo hacerlo. El diccionario se convirtió así en una pieza central del funcionamiento del taller, permitiendo que el Otro que sabe quede remitido a este elemento tercero. Sin embargo, la contingencia de contar con uno al que suelen faltarle muchas de las palabras que buscamos, llevó con el tiempo a que una paciente hiciera del *mataburros* un *burro*, como decidió llamarlo, porque *no sabe tanto*.

Instauramos además otro diccionario, uno construido por nosotros. Se trata de una cartulina en la que anotamos las palabras nuevas que van apareciendo.

En este taller no hay programas de trabajo, no es un dato relevante el nivel previo de conocimientos que tengan los participantes, no hay contenidos específicos a abordar, no hay tareas para el hogar, no hay evaluaciones ni correcciones. Y es a partir de los intereses o propuestas de los pacientes, que se decide entre todos qué se hará cada vez. La única consigna es que sean *cosas francesas*.

Así pues, el gusto de una paciente por la música francesa nos sumergió en el trabajo con canciones. Esto produjo una transformación del taller en lo que llamaría un *ejercicio de traducción*, decodificando las palabras extranjeras a la lengua común: el español. Más bien un *doble* ejercicio de traducción, porque en un segundo tiempo apareció la posibilidad de



historizar, conjeturando sobre el destino que correrían los personajes de estas canciones, produciendo cada paciente un relato singular con el cual significar esas palabras.

En el prefacio al libro de Louis Wolfson, *Le Schizo et les Langues*, Gilles Deleuze destaca que, en la psicosis, es en el procedimiento lingüístico que se juegan la enfermedad y la cura, ubicando la cura en relación a lo que llama un *Eros singular*: “es necesario que el psicótico descubra él mismo el procedimiento personal preciso que lo pone [a ese Eros] en escena” (Deleuze, G., 1970, p. 23). En términos de Miller, podríamos decir que “la investidura libidinal de la lengua es propia de cada uno. [...] A partir del lenguaje cada uno hace su *lalengua*. [...] A partir del significante hablado por los otros, normalizado por el Otro, hay investimentos singulares” (Miller, J.A., 2011, p. 289). Y en el caso de estos pacientes, podemos observar estos investimentos en la construcción de estos relatos con los que otorgan su propia significación a las palabras del diccionario.

Me referiré ahora al recorrido que hizo un paciente en el taller, a los efectos que tuvieron en el mismo algunas intervenciones y al lugar que se supo construir en él.

Desde un principio, a H se le presenta una gran dificultad, que toma el peso para él de una verdadera molestia: que en francés las palabras se pronuncian de un modo distinto a cómo se escriben. Por eso cada vez que yo escribía una palabra en francés en el pizarrón, colocaba sobre ella, en otro color, la palabra escrita tal como se pronunciaría. Y H, que siempre quiere copiar en su hoja *todo* lo que se pone en el pizarrón, insiste en que se le diga cuál de las *dos* versiones anotar, *cuál va*. Le resulta realmente insoportable esta doble referencia que alude a una misma palabra y, en consecuencia, le es imposible siquiera intentar pronunciarla. Todo lo cual dio cuenta de que él no podía servirse de esto que yo estaba haciendo y planteó la cuestión de pensar cómo maniobrar con ese insoportable.

Tras varios intentos fallidos, en los que atiné a reemplazar las versiones escritas por la referencia oral o señalar solo las letras que se pronuncian distinto, se verifica, primero, que con una sola referencia en juego, H comienza a poder decirla, pero que desaparecida la

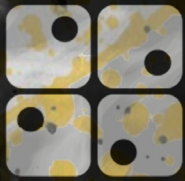


referencia, no es capaz de evocarla. Eso parece no inscribirse para él. Persistiendo su inquietud, ahora se le pide prestado su nombre, en el cual se pone al descubierto que la H con la que comienza no se pronuncia, aunque sí se escribe. Así es posible advertir que en francés sucede lo mismo, solo que con muchas más letras. Esto parece producir un gran apaciguamiento en H y a partir de ese momento, se evidencia un cambio notable y comienza a leer con soltura y entusiasmo. Este prescindir de la pronunciación de la H a condición de servirse de su escritura, que introduce que *no todo* se diga, se presenta junto al hecho de que ya no se imponga tampoco copiarlo *todo*: deja de lado una palabra que no le gusta, o de otra escribe solo una de sus dos acepciones.

Por otra parte, el recorrido de H en el taller se caracteriza por sus intentos por instaurar un *automatón*, exigiendo que se escriba la fecha al comenzar, o que se ponga junto a cada palabra francesa su correlato en español, y siempre se propone él mismo para registrar las nuevas entradas en la cartulina-diccionario, surgiendo así como el encargado de ordenar las palabras.

Asistimos a su vez, a una modificación en su modo de participar. Al principio no podía dar su opinión sino remitiéndose a la de otros pacientes. A partir del trabajo con canciones comienza a ubicar que a él le gusta escucharlas pero no cantar, y asegura que estas canciones francesas son como las de cumbia que él escucha: las historias de las que hablan pasaron de verdad. Tomándolas como tales y frente al relato inventado por otra paciente, ahora H se opone firmemente a él para introducir su propia versión.

Para finalizar, retomo entonces la pregunta que estuvo en el origen de la invención de este taller: ¿cómo concebir un taller de idioma en un Hospital de Día que pudiese funcionar bajo una lógica psicoanalítica? Tras la aventura inicial, hoy esbozo como respuesta que un taller así es pensable en tanto, y fundamentalmente, no se proponga como objetivo el aprendizaje de una lengua. En todo caso, al igual que lo planteamos para la cura, eso podría darse tal vez por añadidura. Se trata más bien de servirse de la lengua como instrumento para otra cosa que la educación, y de los usos o invenciones a los que pueda arribar con ella cada sujeto.



Una práctica que se sostenga en *saber quién es el que no manda* supone, pues, no imponer la dictadura del diccionario universal del gran Otro, no hacerse propietario del significado último, y en cambio apuntar a que, más allá de lo *para-todos* del lenguaje, pueda abrirse esa hiancia en la que el *Eros singular* de cada quien encuentre un lugar posible.

lorebuchner@gmail.com

Referencias bibliográficas

- Freud, S. [1925], Prólogo a August Aichhorn, *Obras Completas. Tomo XIX*, 2007, Amorrortu, Bs. As.
- Lacan, J. [1970], Radiofonía, *Otros Escritos*, 2012, Paidós, Bs. As.
- Deleuze, G., Schizologie (prefacio), en Wolfson, L. *Le Schizo et les Langues*, 1970, Gallimard, Paris. [Traducción *ad hoc*]
- Indart, J. C., *Problemas sobre el amor y el deseo del analista*, 1989, Manantial, Bs. As.
- Miller, J.-A., Del psicótico al analista, *La psicosis ordinaria*, 2011, Paidós, Bs. As.
- Najles, A. R., Psicoanálisis y pedagogía, o 'no hay pedagogía analítica', en *Problemas de aprendizaje y psicoanálisis*, 2009, Grama, Bs. As.